

**Francisco Javier CASPISTEGUI, y Carmen ERRO (dirs.),
De agrícola a industrial: Navarra, 1939-2001, Ediciones
 Universidad de Navarra, 2005, 506 pp.**

Los directores de este volumen se plantearon un doble objetivo: i) proporcionar “un conocimiento relativamente ajustado de las condiciones que marcaron el arranque de la industrialización de una sociedad” (la de Navarra) y “las transformaciones a las que dio lugar”, para ii) poder así “ayudar a perfilar el porvenir, a tener más claro cuáles son los logros y hacia dónde hay que dirigir los esfuerzos futuros”. El enfoque por el que optaron fue interdisciplinar [cinco historiadores, cinco economistas, dos geógrafos, un jurista y dos testigos directos de la etapa estudiada] y los quince trabajos que ahora se editan fueron presentados en un seminario. El resultado final queda lejos de los fines planteados. Ha mejorado parcialmente el conocimiento de algunos elementos históricos del proceso de modernización en Navarra, pero estamos muy lejos de disponer de un análisis de conjunto al que un título tan sugerente invitaba. Son más numerosos los retos de futura investigación que apunta que los resultados tangibles. La concurrencia de especialistas de formación y método diferentes no ha generado sinergias hacia la comparativa y la síntesis. Perfiles tan heterogéneos, al menos, sí comparten una visión complaciente con el pasado y presente de la comunidad autónoma que encabeza, con datos de 2004, el ranking español de renta por habitante.

El libro dedica casi dos tercios de sus páginas a la visión histórica de la industrialización y el otro tercio a la evolución actual y perspectivas futuras del sector secundario, cerrándose con un ensayo con voluntad de fusión de algunas de las ideas centrales que, de modo más o menos explícito, menudean en cada capítulo: las que identifican la historia del siglo XX en Navarra como la del éxito de una sociedad que evolucionó desde una economía de base agraria y una ideología tradicionalista a otra industrializada y moderna (sin epíteto ideológico). Por esta razón, mi recorrido por cada uno de los trabajos arrancará del epílogo de M. Ullate —“La economía como parte de la acción humana. Un modelo teórico aplicado al caso de Navarra”—, en el que coloca como clave del desarrollo navarro de los años cincuenta y sesenta nada menos que “la sustitución de la mentalidad tradicional por la capitalista liberal”, que habría sentado las bases hacia “un nuevo equilibrio socioeconómico” y que fue culminado con éxito en cuanto las élites locales consideraron que “no había incompatibilidad entre la religión, los valores tradicionales y el progreso económico” (p. 458). Y Marx y Weber sin haber caído en la cuenta. En su descargo vaya que, al menos, incluye la posguerra civil como trasfondo siquiera parcial del proceso. Aunque culmina la faena al identificar ya no en una identidad colectiva, sino en un individuo el paradigma “del nuevo ideal que se proponía para Navarra y los navarros”: Félix Huarte, empresario “ético” y “económico” (sic), que compaginó catolicismo, triunfo en los negocios, fe en el progreso y “amor a Navarra” (p. 459). En suma, carac-

terísticas muy escurridizas si se quiere configurar un marco analítico de conjunto entre ciencias sociales tan diversas.

Y, sin embargo, lo cierto es que han sido los historiadores quienes han suministrado la urdimbre para tal trama argumental. En otras palabras, se advierte que cierta historiografía de Navarra está contribuyendo a la erección de un nuevo mito foral, esta vez antropomórfico, muy utilitarista para el consumo interno y para una determinada manera de entender el ejercicio del poder, pero poco operativo cuando de lo que se trata es de explicar, desde un enfoque académico, las características del proceso navarro de desarrollo económico y social como mínimo en la escala española. La relevancia de la figura y estrategia del empresario Huarte está fuera de duda y ocupa un lugar entre “Los cien empresarios españoles del siglo XX” –y más destacado entre los que actuaron durante el régimen del general Franco–. El grupo de empresas que creó, los hábitos de gestión e innovación que difundió y el empleo que generó dentro y fuera de la región han de ser integrados en un esquema explicativo que dé respuesta a la función empresarial como factor clave en el desarrollo económico y como argumento explícito. Y para eso poco ayuda el situar en el vértice del análisis la visión heroica del empresario.

Del mismo modo, resolver la ecuación del tránsito de una sociedad agraria a otra plenamente industrializada en base a la antinomia entre las mentalidades tradicional y liberal encierra la posibilidad de hacer más sencilla, inteligible y fácilmente comprensible su propuesta, pero entraña riesgos inequívocos cuando se echa mano de útiles más propios del sociólogo que de los del historiador y del economista. Se establece así la equivalencia entre sociedad agraria y tradicionalismo y, en el caso que nos ocupa, la aceptación implícita y sin matices de una tendencia cultural autóctona hacia el conservadurismo más reaccionario. No es este el lugar para recordar la historia contemporánea del campesinado navarro y de los conflictos de clase que, entre otros, fueron liquidados drásticamente por la guerra civil y el triunfo franquista. Simplemente, la fracción tradicionalista se impuso al frente de izquierdas en una sociedad muy desigual, predominantemente agraria en términos de renta y empleo y que estaba retomando en los años cincuenta las tendencias de transformación estructural ya detectadas en los años diez y veinte. Por otro lado, ese confusiónismo terminológico entre liberales y tradicionalistas acaba arrinconando categorías que uno consideraba ya asentadas. La historiografía ya había demostrado que el triunfo liberal se produjo a mediados del Diecinueve también en Navarra. Ironías aparte, de cualquier modo, es sorprendente que no se haya dedicado ningún capítulo al estudio monográfico de los cambios profundos del sector primario, por más que su eco suene muy lejano en varios de los ensayos del libro. Así, la idea del cambio “de agrícola a industrial” se muta en un simple referente mecánico para encajar el ejemplo navarro en la teoría clásica de la modernización, quedando fuera del estudio su primer sujeto.

Es, pues, la industrialización la que ocupa el centro del escenario y con desigual fortuna. Los capítulos elaborados por historiadores exponen sus propuestas, razonamientos y conclusiones bien explotando fuentes históricas inéditas, bien recurriendo a las informaciones de la literatura económica y social editada en la época y más recientemente. Las fuentes de los economistas, geógrafos y juristas son más parcas: una bibliografía sucinta como referente teórico, junto a informes institucionales y estadísticas del INE y del BBV en los dos primeros, además de la legislación fiscal y tributaria en el tercero. La visión de conjunto es clara: desde los años sesenta a la actualidad la economía navarra ha cum-

plido más que satisfactoriamente los retos del cambio estructural, logrando unas cotas de bienestar de primer rango merced a un capital humano bien formado, una administración próxima y unos servicios logísticos bien coordinados con el sector industrial. Estas ideas se sintetizan especialmente en los ensayos de E. Martínez Chacón y M. Ferrer Regales, sendas aproximaciones desde la perspectiva del economista de análisis regional y del geógrafo urbano, compartiendo un enfoque estructuralista muy tradicional. Por distintos recorridos, avanzan un diagnóstico que revela un proceso histórico de industrialización muy dependiente de la economía del transporte, incapaz de incorporar innovaciones industriales en el presente y, por lo tanto, sometido al riesgo de la deslocalización manufacturera. En sus líneas esenciales, este diagnóstico, tan pegado a la coyuntura, es el que viene configurando un cierto estado de opinión en la comunidad que a veces roza el alarmismo. Es probable que el escenario sea algo más complejo. Como muestran los estudios más recientes sobre el sector de la automoción, no sólo se trabaja para la ensambladora de turismos Volkswagen, sino que el impacto de la red de suministradores en términos de ocupación y, sobre todo, de clientela externa a la multinacional alemana relativizan la idea del monocultivo industrial. La discusión latente, no obstante, es cuánto de ese proceso debe confiarse al mercado y cuánto al amparo gubernamental, porque —no se olvide— el papel institucional ha sido una de las claves aparentes del éxito del desarrollo económico navarro.

A su vez, la diagnosis del sector del transporte debería tener en cuenta la historia de las ventajas comparativas que propiciaron su fase embrionaria a mediados de los años cincuenta y su eclosión en la siguiente década. En este y en otros ámbitos las ausencias bibliográficas relativas a la historia industrial y empresarial española son clamorosas y su principal efecto es una debilidad manifiesta en el modo de contextualizar teórica y empíricamente la experiencia regional estudiada. *La Historia Económica Regional de España* (2001) ni se cita, cuando como mínimo encierra un estado de la cuestión y las pautas teóricas al uso en economía regional. Precisando algo más en el soporte teórico, en las páginas de esta misma revista se puede encontrar el análisis de Parejo (2001) sobre industrialización y desindustrialización en las regiones españolas entre 1950 y 2000, o el de López y Valdaliso (2001) sobre las funciones de los empresarios en el desarrollo hispano. Los dos habrían proporcionado a los editores un marco de referencia para explicitar con precisión la lógica que va de lo local a lo general. En esta línea —por ejemplo—, la utilidad del análisis shift-share que realiza Martínez Chacón para el período 1955/63 —y que cuenta con el precedente de Sanz-Magallón (1999) para 1964/73— cobraría otro sentido más allá de lo descriptivo. Con esos datos la autora colige que una estructura productiva poco eficaz y una asignación inadecuada de recursos para la industria justificó la necesidad del Programa de Promoción Industrial (PPI) en 1964. Lo cual no es más que una explicación *ex post*, pues —como se relata en el ensayo de C. Erro, dedicado a la gestión y resultados del Programa— fue un grupo minoritario de empresarios, políticos y funcionarios el que hizo esa apuesta madurada a lo largo de un decenio con el fin de abrir un proceso de cambio de las bases productivas de la región y en el preciso instante en que arrancaba el primer plan desarrollista de López Rodó (pp. 107 y 111).

Esta aproximación de Erro al significado del PPI resulta en sus líneas básicas acertado, trazando un balance verosímil del número y naturaleza de las empresas creadas y del volumen de empleo logrado en el entorno de unos incentivos públicos cambiantes al

ritmo de la coyuntura española. Y más meritorio si tenemos en cuenta que el estudio se ha realizado sin acceder a las fuentes primarias y, por tanto, recurriendo a las informaciones periódicas de los años setenta. Asimismo, el capítulo de Larraza resulta aclaratorio de la vertiente institucional al incorporar fuentes de archivo inéditas e integrar la iniciativa industrializadora del ayuntamiento de Pamplona ya en los años cincuenta, un precedente esencial para comprender la acción posterior de la Diputación. De este modo, el plan navarro de desarrollo se sitúa como uno de los ejes explicativos del proceso de transformación y abre un espacio al debate. Algunas de las conclusiones de Erro, planteadas con prudencia como hipótesis de trabajo, son discutibles: el PPI contribuyó “al nacimiento y consolidación de una mentalidad empresarial” y “a cambiar viejas formas institucionales de actuar y de concebir el gasto oficial”. Ambas cuestiones deben ser contempladas a la luz de la polémica historiográfica sobre la escasez y mediocridad del factor empresarial y el papel del Estado en el atraso económico de España. Los trabajos de Arizkun, Garrúes y de la misma autora muestran que no faltaron en la Navarra contemporánea iniciativas y aptitudes industriales. De hecho se aceleraron antes del programa foral de ayudas a la creación de empresas. La “empresarialidad” –si se permite esta traslación literal– ya estaba latente en tanto emergían oportunidades de negocio bajo las coordenadas implícitas a la dictadura en su fase desarrollista (y los textos de Gortari y Saralegui, dos de los gestores de esa política industrial, abundan en ese terreno). Por otro lado, lo que muestra la experiencia europea es que la intervención pública vía planes permitió ordenar y consolidar unas tendencias previamente configuradas desde el mercado. La visión, en consecuencia, ha de ser de largo plazo. Así, el gasto oficial cambió de magnitudes y dedicó recursos crecientes al sector secundario, pero la inversión prioritaria en infraestructuras (carreteras, autopistas y canales) continuó en Navarra como un viejo concepto de desarrollo que ha persistido hasta nuestros días.

Una de las líneas de gasto foral que más aumentó en la segunda mitad del siglo XX fue la función educativa. Es este otro de los aciertos del libro, si bien sólo se resuelve parcialmente. Parece existir un cierto acuerdo entre los autores en que la variable educación estuvo actuando en el empeño navarro de desarrollo, tomando cuerpo en la formación profesional y la universitaria que proporcionarían capital humano en cantidad y calidad. F.J. Caspistegui ha estudiado, con un exhaustivo manejo del fondo documental del archivo administrativo de Navarra, la formación profesional entre 1939 y 1964, la creación de una red de centros de enseñanza y la evolución de las matrículas. El elemento más controvertido de su análisis es la divisoria radical que traza entre la formación benéfica y moral en la primera posguerra –como “solución del problema social” de unas “masas obreras levantiscas” (sic) (p. 45)– y la formación técnica desde una perspectiva puramente económica para industrializar la provincia en la década de los cincuenta –y más claramente con la nueva legislación estatal sobre la materia en 1955–. Es cierto que la teoría del capital humano sólo contempla la vertiente de la racionalidad económica. Sin embargo, cuando se integra en una perspectiva de sociología histórica tal distinción choca con la piedra angular del modelo de partida, en el que actuaban unos empresarios a la par católicos y maximizadores de beneficios. Es probable que durante todo ese tiempo conviviesen ambos objetivos en la provisión de la función educativa. Además, mientras en los años cuarenta el efecto de la represión de guerra y posguerra había hecho ya el trabajo de “profilaxis social”, las oportunidades de negocio en los cincuenta podrían colocar

en un segundo plano la cara moral de la educación obrera, aunque no la arrinconase. Al fin y al cabo, los salesianos, los jesuitas y el Movimiento fueron los tutores de las principales escuelas de formación profesional. Por eso es una lástima que Caspistegui interrumpa su investigación en 1964. Alguna pista emerge del capítulo de M^a L. Garde, dedicado a los sindicatos y al sindicalismo en la etapa desarrollista del régimen franquista. La conflictividad laboral y política revelaría el éxito empresarial e institucional de la vertiente técnica del capital humano en número y calidad y, al tiempo, su fracaso ante unas clases trabajadoras que se organizaron contra una dictadura que repartía muy desigualmente los resultados del crecimiento y cercenaba las libertades.

De este recorrido se concluye que con este libro se ha avanzado en una mejora de nuestros conocimientos parciales sobre la intervención pública que impulsó, entre otros agentes, el cambio económico en la región que, en la actualidad, ocupa la primera posición en términos de producto industrial por habitante en el ranking hispano. Sin embargo, enfoques, metodologías e intereses tan heterogéneos no han resuelto de modo coherente una explicación específica del caso navarro de industrialización y su inserción en la trayectoria española de desarrollo económico. Resultará útil para el consumo interno y de poco interés allende el Ebro.

JOSEBA DE LA TORRE